



Los leoneses bajan a Andalucía

«El mar -lo dice el poeta Antoñito Hernández- es una tarde con campanas». No es extraño que los de tierra adentro andemos en este borde un poco absortos, todo el tiempo oyendo campanas y sin saber dónde. De manera que cuando me han llegado noticias de que en la última semana de febrero loco se esperaban por aquí más leoneses que de costumbre, pensé en los invernantes que bajan a aliviarse las vértebras, como los asturianos a Valencia de Don Juan para secarse el pulmón. Luego resultó que no, que vendrían más bien por asuntos de partido político. Lo supe cuando en alguna gente podía advertirse un cierto mosqueo. Pero volviendo a la estética del mar: Con quien me he topado el otro día es con el villafranquino Ramón Cela. El cual, felizmente, no venía mandado por nadie sino por su realísima gana artística.

Esta Andalucía orillera (que no es la Andalucía más orillada) vive como siempre pendiente del sol y desde que amanece hasta que cae la tarde no hay problema metafísico ni físico que se ponga por encima del reverencial disfrute. Una alargada metrópoli que coincide con la cinta de la costa puede aparecer clausurada y desierta si pintan bastos en los techos plomizos. Pero se abre una rendija en el cielo raso y empiezan a salir caracoles de entre las torres hormigonadas, millares de moluscos gasterópodos cuya carne no suele comerse porque son ellos quienes se comen toda la carne, y no digamos el pescado frito. De paso, entre panzada y panzada de sol, miran, regatean, y hasta compran algo en el baratillo. Yo no he regateado pero sí compré uno de los libros -«Lo que significa ser humano»- que al aire libre expendía su propio autor, sin querer recordar que el poemario lo tengo ya en casa, como

suscriptor tenaz del Adonais que no cesa...

Al fin, lo mismo que en mi pueblo encendían las bombillas del alumbrado público y los chicos teníamos que volver a casa, aquí se van los huéspedes a sus camitas -los jubilados -clase dominante de los inviernos- y la población nativa, una vez que los ha dejado acostados, se pone a vivir unas horas de su propia vida. Estas últimas noches han sido de banderas y bandas de música. Unos finísimos verdiales he visto trenzar frente a los balcones del Ayuntamiento a unas muchachas, las hijas o las nietas de aquellas otras muchachas que llegaron con los mismos verdiales «bailando hasta la cruz del Sur». Y muchos vivas y discursos. Andalucía es uno de esos nombres eufóricos que basta pronunciarlos y ya es un verso. Le pasa a algunos -pocos- afortunados mortales. Blas de Otero para un poeta. Un pintor que se llama Orlando Pelayo... Lo que me ha quedado más grabado es una fotografía periodística de esas que corroboran la superioridad de una imagen sobre mil palabras: el abrazo de un matrimonio autóctono -él, abatido; ella, consolatriz y fuerte-, los dos compartiendo el momento de la desilusión plebiscitaria.

Ramón Cela, ya digo, apareció de la mano de una guapa señora, en una mañana donde las nubes y el levante se habían conchabado para dar un sustillo a los celtíberos del interior. Lo vi doblar una esquina muy castigada, con los ojos extraviados y temerosos, apretando su máquina fotográfica como si llevara en los brazos un tierno infante. Pero no es impropia de la condición humana esta cautela del presidente de la Cruz Roja villafranquina. Habría que ver a algún lobo de mar, harto de jugarse la barba en los oscuros piélagos (muy culto, esto de los piélagos), si tuviera que llegar nieve arriba hasta Aira de Pedra como llegan Moncho y sus muchachos (y muchachas) porque una burbiana tiene la ocurrencia de malparir en invierno.

En fin, se ha restaurado el artista al calor del cómplice vino del sur, y sospecho en su cámara los gérmenes de hermosuras que veremos expuestas. A mí me ha tocado quedarme. Lleno de olores y colores de nuestra tierra renovados en la conservación y en el recuerdo; pero también - un poco- ciudadano de aquí. De aquí, donde saben que soy un leonés que viene a la rara costumbre de trabajar el verso y la amistad, jamás a inmiscuirse en la cocina o en la mesa de sus acogedores. Y menos aún si los guisos son políticos y si la mesa es electoral.

Antonio PEREIRA